



Carme Riera

Contra el olvido

“El viaje no le importa”, escribe José Agustín Goytisolo en el último verso del poema que cierra su último libro, *Las horas quemadas*, refiriéndose a sí mismo, desdoblándose en otro, un recurso que siempre le gustó emplear y que iba mucho más allá de lo poético.

El azar quiso que dos días antes del desgraciado accidente que le costó la vida, al precipitarse por la ventana de su casa, el pasado diecinueve de marzo, se cumpliera el aniversario de la muerte de su madre, Julia Gay, en el famoso bombardeo del cine Coliséum de Barcelona, y unas secuencias televisivas revivieran la tragedia, todavía imborrable para muchos barceloneses, aumentando, quizá, la depresión del poeta. Aquella tarde de la explosión, que habría de marcar para siempre la vida de la familia Goytisolo, Julia Gay había viajado a Barcelona desde Viladrau, donde pasaban el verano, para comprar regalos, con motivo del santo de su marido y de su hijo. Nunca volvieron a verla. Su familia, finalmente, pudo reconocer el cadáver, entre otros muchos, víctimas de “aquella terrible llamarada / que ardería en mi memoria para siempre”, como escribió el poeta, años después.

Con frecuencia, el descubrimiento de los objetos maternos tuvo tanto para José Agustín, como para sus hermanos menores, Juan y Luis, hoy conocidos novelistas, una significación especial,

y entre esos objetos los libros predilectos —Lorca, Salinas, Proust o Gide— sirvieron para perseguir el rastro que los ojos de Julia Gay dejaron entre sus páginas e iniciarles en la literatura. Mi madre fue para mí, como dice Jaime Gil, un reino afortunado; un paraíso donde, sin ella, no me era posible ser absolutamente nada; solía afirmar y señalaba que su manera de ser, que le llevaba a entenderse mucho mejor con las mujeres que con los hombres, tenía que ver con esa madre prematuramente desaparecida, cuya pérdida resultó para todos catastrófica. El padre de los Goytisolo prohibió incluso que se hablara de ella en casa, e hizo cambiar el nombre a la sirvienta que se llamaba también Julia, por Eulalia, como cuenta Luis en *Antagonía*.

En ese contexto no resulta extraño que la muerte de la madre vertebrase el tono elegíaco que domina *El retorno* (1955), primer libro de José Agustín, siga con *Final de un adiós* (1984) y se prolongue, hasta sus últimas entregas: *Como los trenes de la noche* (1994) y *Las horas quemadas* (1996) y le lleva a escribir ese verso tantas veces recordado ahora, desde que él no está, sencillo y claro, definitivo: “la evocación perdura / no la vida”.

Pero no sólo existe en la poesía de Goytisolo esa veta elegíaca, como tampoco en su persona se daba únicamente un componente maníaco depresivo. José Agustín podía ser un loco maravilloso, un enloquecido compañero de viaje, un socarrón extraordinario, un poco fullero, exagerado cazador, buen bebedor, divertido y vital. Con malicia y risa, contando siempre con el lector, escribió *Salmos al viento* (1958), que inaugura otra de las líneas principales de su poesía: la irónica satírica que habría de influir en sus compañeros de generación, en Jaime Gil de Biedma o Ángel González. Gracias al empleo de la ironía, en la que fue maestro, pudo burlar la censura, burlarse de los poetas celestiales, de los burócratas y chupópteros del régimen franquista que con sus textos comprometidos ayudó también a combatir. En un epigrama dedicado a Marcial, Goytisolo le echa un piropo que me parece que puede definir muy bien su propia poesía: “hay veneno y jazmín en tu tinta”. *Veneno y jazmín* titulé el libro destinado a estudiar su obra, sin darme cuenta de que también servía para definirle a él, que deseaba, como Jaime Gil, pero muy de otro modo, ser poema antes que poeta, y serlo de manera especial aquí, en su ciudad, entre su gente. Ahora que empieza a tardecer y llega ya la noche que siempre le fue propicia, oigo sus versos de su voz: “La vida es bella, / ya verás, como a pesar de los pesares / tendrás amor, tendrás amigos. (...) Entonces, siempre, acuérdate, / de lo que un día yo escribí...”. ■



Contra el olvido, siempre: nos quedan sus palabras.